

Diksha Basu

**CAÍDO DEL CIELO**

Traducido del inglés por Miguel Marqués

Título original: *The Windfall*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2017 by Diksha Basu. All rights reserved

© de la traducción: Miguel Marqués Muñoz, 2017

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-9104-906-7

Depósito legal: M. 23.543-2017

Printed in Spain

*Para mis padres y los padres de mis padres*



## Capítulo uno

---

El señor Jha había trabajado duro y tenía ganas de vivir bien.

—Ahora que estamos todos, queremos darles una noticia —anunció Anil Kumar Jha a los vecinos que se habían reunido en el pequeño salón de su casa, situada en el bloque residencial Mayur Palli, en el distrito de Delhi Este. Estaba nervioso, así que dirigió una mirada a su esposa, que permanecía de pie en el umbral de la puerta de la cocina, y miró también a su hijo, Rupak, que se encontraba pasando las vacaciones de verano en casa y escuchaba atentamente sentado a la mesa. La señora Jha respondió a la mirada de su marido con un leve asentimiento expectante, animándolo a no dar más rodeos y compartir las novedades. Él sabía que tenía que hacerlo antes de que los rumores se extendieran por todo el residencial. Esa noche había invitado a sus amigos más cercanos —el matrimonio Gupta, el matrimonio Patnaik y la señora Ray— para anunciar que, después de unos veinticinco años (llegaron cuando la señora Jha estaba embarazada de ocho meses), se mudaban de allí. Y no a cualquier sitio, sino a Gurgaon, uno de los barrios más nuevos y acomodados de Delhi.

En cierto modo, habría sido más fácil dar la noticia de que se marchaban a Dubái o a Singapur o a Hong Kong. En muchas ocasiones, el propio señor Jha había criticado, en charlas con los vecinos, a algunas familias por instalarse en otros

barrios de Delhi en cuanto se lo podían permitir. Ningún vecino de su edad se había marchado del barrio últimamente. Él tenía cincuenta y dos años, su esposa cuarenta y siete, y su hijo, de veintitrés, estudiaba en Estados Unidos. La mudanza sería entendida, en efecto, como una demostración innecesaria de su condición de nuevos ricos. Y, como el dinero había llegado por la venta de un sitio web, una de esas cosas que ocurren una vez en la vida, todo el mundo en Mayur Palli alimentaba sospechas. Se sabía que no era dinero ganado gracias al esfuerzo. «Caído del cielo», había oído decir al señor Gupta. Pero el señor Jha sabía que aquello no tenía nada que ver con la suerte: había llegado hasta allí gracias al trabajo duro.

El señor Jha imaginó que un extranjero o un forastero los estuviera observando a todos, allí reunidos, y se preguntó si a él lo vería distinto. Medía un metro y setenta y dos centímetros y no estaba increíblemente en forma, aunque tampoco era increíblemente gordo. Le preocupaba en los últimos tiempos no verse rodeado de la parafernalia habitual del éxito. Le gustaba encajar en su entorno.

La nueva casa del barrio de Gurgaon era un chalé tipo bungalow y tenía dos plantas y jardín delante y detrás. De los vecinos no sabían nada aún. La casa estaba enclavada en una tranquila calle, lejos del tráfico y el caos del resto de Delhi. A diferencia de otras partes de la ciudad, en Gurgaon todas las alcantarillas estaban bien selladas y las calles se barrían y limpiaban regularmente. La que sería su calle, en concreto, estaba flanqueada de grandes lilas indias de varias décadas de edad. Se respiraba ese tipo de tranquilidad que ahuyenta a pedigüños y vendedores ambulantes.

El señor Jha nunca se había imaginado viviendo en una casa y un barrio tan lujosos. Todas las puertas encajaban en sus marcos y la mayoría de las luces contaban con atenuador.

En la parte de atrás de la casa había una habitación para el servicio y rodeaba toda la parcela un muro, para que nadie viera el interior. A diferencia de Mayur Palli (y del resto de Delhi Este), en Gurgaon las casas estaban muy alejadas unas de otras y las interacciones con el resto del vecindario eran mínimas. Eso era lo que supuestamente quería el señor Jha: ese era el gusto de los ricos.

Por encima de su cabeza, un moscardón se estrellaba una y otra vez contra el tubo fluorescente de su salón. La nueva casa tenía mosquiteras más tupidas, lo que evitaría la invasión de moscas y mosquitos. El señor Jha se quitó las gafas sin montura y las limpió con un pañuelo blanco que guardaba siempre en el bolsillo de la camisa. Deseó haber elegido una de manga corta, en lugar de la que traía puesta. Era azul y la llevaba cuidadosamente remetida en los pantalones chinos color arena.

Los Jha fueron una de las primeras familias en instalarse en Mayur Palli, en 1991. Mayur Palli significa, literalmente, «Casa del Pavo Real». El señor Jha nunca había visto pavos por allí, sin embargo. El residencial constaba de cuatro bloques de cinco pisos levantados en torno a un polvoriento patio interior, tan pequeño que desde todas las casas podía verse lo que ocurría en la del vecino. Por las mañanas se colgaba ropa mojada en las cuerdas de tender de los balcones y en el patio se formaban charcos debido al agua que goteaba. El solar donde antaño los niños jugaban y montaban en bici se había convertido en un aparcamiento atestado de escúteres, Marutis y algún que otro Honda, regalos hechos a padres y madres achacosos por los hijos que se habían ido a trabajar al extranjero.

Mudanza aparte, resultaba que el Mercedes que el señor Jha había encargado le fue entregado antes de tiempo. Abrumado por el pudor, tuvo que tomar posesión de él allí, frente

a aquellos viejos bloques de viviendas. Tenía la impresión de no encajar en ningún sitio en ese momento de su vida. No había querido que el comercial del concesionario conociese la que seguía siendo su casa y tampoco que sus vecinos de toda la vida viesan el coche que acababa de comprar. ¿Qué pensaría el transportista cuando cruzó el puente hacia la orilla pobre del río Yamuna? El coche era enorme y plateado, y resplandecía. Parecía totalmente fuera de lugar, ahí aparcado, en aquel barrio de clase media, y resultaba casi imposible conducir con él por los estrechos callejones, sorteando vacas. Era evidente que levantaba suspicacias. Justamente la mañana anterior le habían llenado la parte interior de los tiradores de las puertas con pasta de dientes. Al señor Jha le olió la mano a menta durante todo el trayecto al trabajo. Dio gracias de que no hubiera sido alguna otra sustancia.

Algunas veces, al propio señor Jha le costaba creer cuánto dinero había conseguido por la venta de su sitio web. Una idea sencilla —[www.simplycall.com](http://www.simplycall.com)— que nació como un directorio de servicios y números de teléfono de la capital del país. Un día, el señor Jha quiso llamar por teléfono a su viejo amigo de la universidad Partha Sen, que vivía en el barrio de Chittaranjan Park, pero por error marcó el número de un tal Partho Sen. Charlaron durante cuatro minutos sin darse cuenta ninguno de los dos de que estaban hablando con un desconocido.

El señor Jha recordó que había vendido el sitio web hacía algo más de dos años, tras trabajar en él durante cinco. Y, antes de aquello, había puesto en marcha otros muchos proyectos complicados, que habían fracasado completamente. Pero todo aquello quedaba en el pasado. Ahora tenía a sus vecinos delante, reunidos en su salón, y debía dar la noticia.

—¿Le ha encontrado novia a Rupak? —preguntó el señor Gupta antes de que el señor Jha pudiese continuar. El señor



Gupta estaba repantigado en el sofá. Tenía un montón de cacahuets en el puño y en la otra mano sostenía un vaso de *whisky* con hielo. Vestía una *kurta pajama*, su uniforme favorito desde que se convirtió en presidente de la comunidad de vecinos. Se había quitado las sandalias y apoyaba los pies sobre ellas—. ¿También vive en América? —preguntó de nuevo—. Ojo: que no lo intente convencer su familia de que se casen allí...

Como presidente de la comunidad y rey del chismorreó en el barrio, el señor Gupta sería probablemente quien peor recibiese la noticia. Se tomaría la mudanza de los Jha como una traición a Mayur Palli. Los Patnaik, que eran unos años más jóvenes que los Jha, una versión discreta de los Gupta, probablemente tratarían de imitarlos. El señor Patnaik ya vestía de manera parecida al señor Jha y, poco tiempo antes, había comprado unas gafas idénticas (coincidencia, según él). Con respecto a la señora Patnaik, si alguien le hubiese pedido al señor Jha que la describiese sin mirarla, solo habría podido decir que tenía un pelo extrañamente rizado, y ningún otro rasgo destacable.

—Hágale caso —intervino la señora Gupta. Ella también comía cacahuets. Uno se le había caído y se le había quedado atrapado en las gafas que llevaba colgadas de una cadena metálica al cuello. Se limpió la mano en el sari y se inclinó hacia delante para alcanzar su vaso—. Nuestro sobrino se casó allí. En América, las bodas indias se celebran en los salones de algún hotel tipo Hilton o Marriott. Asegúrese de que la boda se haga aquí, en la India, en un templo.

—O al aire libre —añadió el señor Gupta—. Hoy día mucha gente joven se casa al aire libre.

—La verdad, yo no creo que esa sea una buena idea. ¿Y si la llama del fuego nupcial se apaga durante la ceremonia? —puntualizó la señora Gupta.

—La llama se apagará igualmente, al poco de la boda —sentenció el señor Gupta, soltando una risotada y echándose a la boca los cacahuetes que le quedaban en el puño.

—No es esa la noticia, en cualquier caso —aclaró el señor Jha, recuperando la palabra.

—Rupak encontrará una buena novia aquí, seguro —opinó el señor Patnaik, cuya esposa, afirmando con la cabeza, añadió:

—Claro que sí. Lo mejor es encontrar a alguien conocido. Alguien cercano a la familia.

La señora Patnaik se volvió hacia Rupak y sonrió, aunque este seguía atento al teléfono. Todo Mayur Palli sabía que los Patnaik querían casar a su hija Urmila con Rupak.

—No —trató de continuar el señor Jha—, no se trata de...

—Oh, por Dios. ¿Se va a casar Rupak con una mujer americana? —interrumpió de nuevo el señor Gupta, tratando de girarse sobre el sofá para mirar al chico.

—No se trata de Rupak —dijo el señor Jha—. Tenemos otro tipo de noticia. Es sobre nosotros.

El señor Jha hizo una pausa al establecer contacto visual con Reema Ray, que permanecía recostada en su silla, al otro lado de la habitación, con una copa de vino blanco en la mano. Sabía que su mujer ya le había dicho a la señora Ray que se mudaban, pero igualmente había querido invitarla esa noche para poder contar con su respaldo. La señora Ray se inclinó hacia delante para ajustarse la cinta de una de sus sandalias y el *pallu* de su sari de gasa se le escurrió del hombro. La blusa que vestía tenía un cuello bastante amplio y dejó entrever la parte superior de su voluminoso pecho. El pelo, suelto y desordenado, se le derramaba sobre los hombros (era la única mujer de la reunión que no se cubría). Al reincorporarse, le ocultó el rostro y ella se lo echó hacia atrás con la mano.

El señor Jha dirigió otra mirada a su esposa, que permanecía de pie junto a la puerta de la cocina. Vestía un sari azul claro, bien almidonado, cuyo *pallu* había prendido al hombro con un imperdible. Se recogía el pelo con varias horquillas en un moño bajo. Sabía que su esposa jamás correría el riesgo de que el *pallu* de su sari se desprendiera accidentalmente. De ocurrir algo así, no obstante, la blusa, ajustada siempre sobre la clavícula, no dejaría ver ni un centímetro de piel. Y, aunque dejase ver algo, el señor Jha no se habría inmutado. Ese era el problema de los matrimonios estables.

La señora Ray se había incorporado de nuevo, así que el señor Jha continuó:

—Queridos amigos, los hemos invitado a todos a cenar hoy a nuestra casa, precisamente, para hablarles sobre otra casa. Nuestra nueva casa. Nuestro nuevo hogar. Nuestro...

La señora Jha olfateó el aire.

—Ay, no. Ay, no, ay, no, ay, no. Me he dejado el fuego encendido. ¡Se va a quemar el pollo!

Y, acto seguido, entró corriendo a la cocina, desesperada. El estrés de la mudanza a Gurgaon le estaba haciendo perder los nervios. No estaba segura de si quería abandonar Mayur Palli. No quería vivir rodeada de mujeres envueltas en saris de diseño que compraban en centros comerciales. No quería usar aceite de oliva en vez de aceite de girasol. No quería entender de interiorismo. El propósito de la vida no era ascender y ascender, cada vez más arriba. ¿Qué pretendía todo el mundo? ¿Llegar hasta el palacio de Buckingham?

—¿Estás bien? ¿Necesitas ayuda? —preguntó la señora Ray, que había seguido a la señora Jha a la cocina—. Tu marido ha empezado a explicar por fin qué significa la palabra «casa». Le está costando ir al grano, ¿eh? —dijo a su amiga una vez en la cocina.

—El pollo se ha quemado. Ay, Reema... El pollo se ha quemado. Y ni siquiera he terminado de hacer el equipaje. Sé que debería sentirme feliz, pero estoy agotada. No sé por qué hemos decidido mudarnos en pleno verano. Este calor está acabando conmigo.

—¿Dónde están tus asistentas? ¿Quieres que le diga a Ganges que venga por las mañanas a echarte una mano hasta que os mudéis? Últimamente apenas tiene cosas que hacer en casa.

—Es muy amable por tu parte, pero nuestras asistentas siguen con nosotros. Lo que ocurre es que Anil ha decidido que no quiere que estén en casa todo el tiempo.

La señora Jha removió el contenido de la sartén, rascando el fondo con la cuchara de madera para soltar los trozos adheridos de pollo. El tornillo que sujetaba el mango de color rojo estaba casi suelto. Todavía no había encargado los nuevos cacharros de cocina. La cocina de aquel apartamento se había pensado para las asistentas: era pequeña y estaba mal ventilada, y quien estuviese a los fogones se aislaba del resto de habitantes de la casa. El nuevo chalé tenía una cocina enorme en la que varias personas podían tomar algo de pie mientras el anfitrión preparaba la cena o un aperitivo. Se había diseñado para cualquier tipo de persona menos para una asistente. Era una cocina para presumir. Una cocina que exigía cacharros nuevos y sartenes con mangos bien atornillados.

—¿Por qué no quiere Anil tener asistentas en casa? —preguntó la señora Ray.

—Ahora tenemos lavavajillas y Anil quiere que todo el mundo lo sepa. Y cree que, si hay una asistente recogiendo los platos, la gente dará por hecho que los lava ella y no reparará en que hemos comprado un caro lavavajillas importado. No lo sé. A estas alturas, no entiendo la mitad de las cosas que quiere —respondió la señora Jha. No había espacio ni

para moverse y la encimera estaba atestada de ollas y bandejas, pero agradeció que la señora Ray le hiciese compañía. Sobre otro de los fogones se calentaba una olla a presión, que empezó a silbar inesperadamente. La señora Jha dio un respingo y se apartó, alejándose del agudo pitido. La señora Ray se acercó y giró la llave del gas para apagar el fuego.

—Quita —ordenó—. Relájate un poco. Saca el *raita* del frigo. No teniais por qué invitarnos a todos a cenar si tenéis el equipaje a medio hacer.

La señora Jha se apartó de los fogones y abrió el frigorífico. Notó cómo se le acumulaba el sudor bajo los brazos. Se inclinó hacia delante y dejó que el aire frío le refrescara el pecho por debajo de la blusa. Se dio cuenta de que estaba engordando. Miró a la señora Ray, que parecía cada día más joven y guapa. Es cierto que tenía cuarenta y dos años y, por tanto, era siete más joven que la señora Jha, pero aquella mujer resplandecía por otros motivos. Parecía más joven ahora que cuando murió su marido, el señor Ray, cinco años antes. La viudez, en aquel momento, le echó muchos años encima. Pero, poco a poco, la señora Ray había dado la vuelta a las tornas. Ahora miraba a su amiga con felicidad y una repentina punzada de envidia. Hasta parecía habersele espesado el pelo.

—Qué bonito tienes el pelo últimamente —dijo la señora Jha, cerrando el refrigerador—. ¿Estás usando algún aceite nuevo?

La señora Ray se giró, se secó las manos en un paño que había sobre la encimera y se pasó los dedos por el pelo.

—Está mejor, ¿verdad?

—Comparte tu secreto, Reema.

—Pues lo habitual —contestó ella—. Muchas verduras con mucha hoja y aceite de coco en el pelo toda una noche, una vez a la semana.

—Eso llevamos haciéndolo años. Tiene que ser otra cosa —juzgó la señora Jha.

La señora Ray dejó escapar una risita y se volvió de nuevo hacia los fogones para abrir la olla a presión.

—¿Qué es? —preguntó la señora Jha—. ¿Qué te estás guardando, eh?

La señora Ray volvió a mirar a la señora Jha.

—Ay, Bindu, es que es un poco absurdo. ¡Estoy tomando un suplemento para futuras madres! Sí, he leído que son muy buenos para el pelo y es cierto: ¡nunca lo he tenido mejor! Tomo una píldora día sí, día no —explicó la señora Ray—. Cada vez que voy a la farmacia me tengo que inventar una excusa, es una locura: digo que son para mi sobrina o para una amiga, o cualquier otra cosa. Imagínate: una viuda sin hijos tomando vitaminas para embarazadas. —La señora Ray empezó a servir el *dal* en una fuente, agitó la melena, rio, miró a su amiga y dijo—: ¡No se lo digas a nadie!

En cierto modo, ser una viuda joven y sin hijos le había permitido a la señora Ray vivir una segunda juventud, sin familia de la que preocuparse. El severo aneurisma cerebral que sufrió el señor Ray a los cuarenta años supuso la muerte más sencilla posible, a una edad como esa, al menos. No sufrió y la señora Ray no tuvo que lidiar con culpas derivadas de ese sufrimiento. La señora Jha sabía que para su amiga había sido muy difícil: las viudas jóvenes ponen a todo el mundo nervioso. Cuando el señor Ray murió, el resto de mujeres de Mayur Palli empezaron a tratar a la señora Ray como una seductora. Pero la señora Jha miraba ahora a su amiga y solo veía vitalidad y una melena preciosa. De repente se sintió culpable por tener celos de una viuda. «Que Dios guardase siempre a Anil», se apresuró a decir para sus adentros.

—¿Sabes todo lo que he tenido que hacer esta tarde? He sacado de las cajas toda la decoración del salón y la he vuelto

a colocar para que los invitados no se den cuenta, nada más llegar, de que nos vamos —explicó la señora Jha. Sacó el cuenco con el *raita*, preparado con yogur frío, cebolla, pepino, tomate y especias. Cerró la puerta del refrigerador con la cadera, se apoyó en la encimera y suspiró.

La señora Ray también rio y se dispuso a servir el pollo en una fuente, con ayuda de la cuchara de madera.

—Estás haciendo un sueño realidad, Bindu —opinó la señora Ray—. En cualquier caso, deberías estar contenta por salir de aquí. El residencial no es lo que era.

La señora Ray alcanzó una servilleta para limpiar el borde de la fuente de salsa de curri. Apagó el segundo fogón y se giró hacia la señora Jha.

—Alguien me ha robado unos pantalones de yoga que tenía colgados en el balcón —dijo.

—¿Cómo? ¿Estás segura? —preguntó la señora Jha.

—Al cien por cien —aseguró la señora Ray—. Bueno, es una tontería. No quería hablar de ello ahora, en realidad. Volviendo a lo de antes: me alegro mucho de que os mudéis. Aquí todo el mundo se mete demasiado en la vida de los demás. Tienes suerte de ir a un lugar donde al menos tendréis un poco de intimidad. ¡Puedes estar agradecida por las cosas buenas que tienes!

—Reema, tienes que quejarte en la próxima reunión de la comunidad de vecinos —dijo la señora Jha.

—¿Para qué? ¿Para llamar aún más la atención? Olvídalo. Es culpa mía. No debería hacer yoga en el balcón. —La señora Ray se giró hacia la encimera y colocó sendas cucharas soperas en varios cuencos—. Mira, he servido el pollo y el *dal* aquí. Los voy a llevar al comedor. ¿Necesitas algo más?

La señora Jha se giró hacia su amiga y contestó:

—Gracias, Reema. Por favor, dile a mi marido que venga un momento.

La señora Jha agarró la sartén, que seguía en el fogón, y la echó en la pila de fregar. El agua salpicó y le mojó el sari, oscureciendo el tejido en torno a la altura del ombligo.

El señor Jha entró en la cocina, que se había inundado de humo. Parecía que el ruidoso extractor, situado sobre la ventana, en lugar de chupar el aire caliente estuviera volviéndolo a introducir. Sería estupendo que en la cocina nueva su esposa pudiera disponer de una puerta que diese al jardín en lugar de aquel armario empotrado, que, por cierto, era del mismo tamaño que uno de los aseos de la nueva casa. Todas las superficies de aquella cocina estaban pegajosas tras años de salpicaduras. Lo que quería el señor Jha era una de esas cocinas que se veían en los programas de la televisión: de acero inoxidable, con cacharros y sartenes colgando de la pared. Aunque él no cocinaba y, de hecho, rara vez entraba en la cocina, deseaba grandes frascos de vidrio para especias y una repisa de madera en la pared para colocarlos. Estaba harto de que la sal y el azúcar se apelmazaran por la humedad y se mancharan por cogerla a pellizcos.

—Creo que ahora sí están listos para la noticia —reflexionó el señor Jha—. He introducido el tema hablando de la idea de «hogar». He explicado que el hogar no lo define un espacio. He hecho algunas observaciones emotivas, creo. Que el hogar es donde está el corazón y todo eso. Y, claro, también he dicho que el hogar es donde está el cuarto doble de las asistentas. —Hizo una pausa, miró alrededor y continuó—. ¿Qué hacéis aquí? Estaba a punto de anunciar nuestros planes y has salido corriendo, gritando no sé qué del pollo. ¿Preferies que se lo digamos aquí? Los Gupta no han visto el lavavajillas.

—No he gritado. Estoy intentando preparar una cena decente para nuestros invitados. Si hubieras dejado que la asistente se quedase, no habría necesitado ayuda. He dedicado



todo el día a hacer cajas y a ir y venir de Gurgaon, con un calor infernal. He puesto los filtros del agua de la casa nueva, he estado peleándome con la instalación del aire acondicionado...

—Si estás yendo y viniendo de Gurgaon con este calor es cosa tuya. Te he dicho mil veces que cojas el coche nuevo. Parece que le tengas miedo. El coche nuevo, la casa nueva, la lavadora, todo. Bindu: todo te da miedo. Te da miedo hasta que el lavavajillas nuevo estropee los cuchillos de sierra.

En ese instante, entró a la cocina Rupak.

—¿Qué estáis haciendo? Los invitados están poniéndose nerviosos. Y, papá, la tía Reema quiere más vino. ¿Saco otra botella de blanco del frigo? —preguntó Rupak en un inglés de acento marcadamente americano.

—¿Por qué hablas así? —preguntó la señora Jha, y el señor Jha regresó al salón—. Estás estudiando en América, pero no eres americano.

La señora Jha no quería que Rupak se convirtiera en uno de esos típicos niños ricos que viven convencidos de que jamás tendrán que dar un palo al agua. Ella daba gracias por haber vivido una vida ordinaria hasta hacía poco tiempo, pero Rupak estaba cambiando muy rápido. Tan pronto como se instalasen en su nuevo hogar, viajarían a América para conocer qué tipo de vida llevaba allí.

Rupak hizo caso omiso de su madre y rebuscó en el interior del frigorífico. Sus padres habían pasado de no tener nunca alcohol en casa a comprar cerveza Kingfisher. De ahí pasaron al ron Old Monk y al vino blanco de viñedos de las afueras de Bombay. Lo último habían sido las botellas de tintos y blancos chilenos. Rupak cerró el frigo y abrió el congelador para sacar una bandeja de cubitos de hielo. Al lado había una botella helada de vodka Absolut que todavía tenía el precin-

to. En su casa habían cambiado muchas cosas desde su marcha a Estados Unidos.

Llegó la comida. Los invitados se sentaron a la mesa y empezaron a servirse. La señora Jha aprovechó para susurrar a su marido al oído:

—¿Vas a decírselo o qué? Por favor, deja de andarte por las ramas. No voy a poder organizar otra cena más como esta.

Al otro lado de la mesa, el matrimonio Gupta se servía comida de las grandes fuentes. El señor Gupta masculló al oído de su mujer:

—Creo que ya te has echado suficiente pollo. Deja algo para los demás. Estás quedando mal.

—El pollo está medio quemado. Le estoy haciendo a la señora Jha un favor —contestó la señora Gupta, echando un vistazo de reojo a las otras fuentes para comprobar qué otros platos incluía el menú—. De lo contrario, nadie se lo va a comer y ella pasará un mal rato. Se lo tendrá que dar a las asistentes. Estoy haciéndole un favor, te digo.

—¿Quiere otra copa? —preguntó Rupak a la señora Ray, que se sentaba al otro lado de la mesa.

Desde su marcha a América, Rupak había decidido que jamás saldría de nuevo con una mujer india, pero cuando hablaba con la señora Ray llegaba a la conclusión de que toda regla tenía su excepción. Sin embargo, la señora Ray no era tan mayor, se recordó a sí mismo. Sabía que se juntaba con aquel grupo de matrimonios porque nunca había tenido hijos, así que ahora tenía mucho en común con las señoras cuyos hijos ya se habían marchado. Por el rabillo del ojo, vio a la señora Gupta tratando de sacarse de entre los dientes un trozo de pollo quemado y recordó, no obstante, la validez general de su premisa.

—Rupak, ¿me traes otro *whisky*? —pidió el señor Gupta—. Siéntate aquí, muchacho, quiero que me cuentes más cosas sobre América. Una sobrina de mi mujer también estudia allí. Sudha, ¿dónde estudia tu sobrina?

—Nunca me acuerdo —dijo la señora Gupta—. ¿Nueva York, quizá? Lo preguntaré.

El señor Gupta agitó la cabeza al estilo indio y dijo a Rupak.

—A lo mejor la conoces. Mi esposa va a preguntar dónde estudia.

—Lo dudo —respondió Rupak. Nunca dejaría de sorprenderle lo pequeño que debía de ser Estados Unidos en la imaginación de los vecinos de Mayur Palli.

—Nuestra hija, Urmila, está planeando viajar a América el año que viene —terció el señor Patnaik—. Debería añadir Ithaca a su lista de lugares para visitar.

—Seguro que aquello está lleno de chicas guapas, ¿no? —continuó el señor Gupta—. Piel blanca, pelo rubio... Esas mujeres son como bolitas de algodón. ¿Te has echado novia?

Al otro lado de la mesa, la señora Jha seguía bisbiseando al oído de su esposo:

—Hazlo —dijo la señora Jha en voz baja a su marido—. ¡Díselo ya o se lo digo yo! No tengas miedo. Has hecho bien. Te has comprado una casa nueva. No sé de qué te avergüenzas.

En su lado de la mesa, Rupak contestaba al señor Gupta.

—¿Que si tengo novia...? —De repente el joven vio la oportunidad de contarle todo. Sus padres se tomarían con más calma la noticia de su novia americana si todos los vecinos estaban presentes—. Pues verá, señor Gupta —continuó—, como usted sabe, en Estados Unidos...

Pero su madre lo interrumpió:

—Rupak no tiene tiempo para novias, está estudiando. Cuando termine sus estudios se casará. Es como su padre.

Quieren hacer las cosas bien. Estoy rodeada de hombres muy ambiciosos. De hecho, por eso os hemos invitado esta noche a todos.

—Así que esto es lo que les queríamos contar —concluyó el señor Jha—. Tampoco es gran cosa. No vamos a vender el apartamento, por ahora lo alquilaremos. Hemos conocido a una encantadora pareja de Chennai que se ha mostrado interesada. Tienen un hijo pequeño. Gente decente. La próxima vez, los invitaremos a cenar en Gurgaon. Pero, bueno, ya está bien de hablar de nosotros. ¿Nadie quiere comer más?

—Un segundo —intervino el señor Gupta—. No habrán comprado la casa nueva a través de la inmobiliaria Meritech, ¿verdad? He oído que han tenido muchos problemas con el Gobierno por un asunto de sobornos. ¿Aceptaron el importe completo en un cheque?

El señor Gupta estaba seguro de que el señor Jha evadía impuestos. Todos los nuevos ricos eran iguales. Todo el mundo asumía que los ingenieros fuesen personas sinceras y sencillas, pero era obvio que el señor Jha estaba haciendo mucho dinero. Probablemente había pagado la casa con dinero en su mayoría negro. El señor Gupta se mostraba convencido porque había sido oficial de policía. No era justo: él jamás había aceptado un soborno de más de cinco mil rupias. Muchísimos compañeros suyos habían hecho fortuna y conducían Hondas y Toyotas, pero el señor Gupta había pasado de la motocicleta al Maruti y del Maruti al Suzuki Swift. Se daba por conforme con la vida que llevaba en Delhi Este. Era consciente de que muchas parejas jóvenes usaban aquel barrio como trampolín para otros más lujosos, aunque la gente de su generación no salía de allí jamás. Ya no se pintaban las paredes tras cada monzón y tampoco se quejaban sobre los ha-

bituales cortes de luz. En su opinión, la vida había adoptado un ritmo cómodo. No tenían que impresionar a sus esposas y vecinos. Y, sin embargo, ahí estaba el señor Jha anunciando su mudanza a Gurgaon mientras su hermosa mujer lo miraba con expresión orgullosa. El hijo de ambos, Rupak, estaba de visita. Estudiaba en América y probablemente a estas alturas tendría una novia americana. El señor Gupta miró a su propia esposa, que se estaba llenando el plato con una segunda ración de curri de pollo. Su hija se había casado con un contable y también vivía en Delhi Este. Se estaba convirtiendo demasiado rápido en una mujer muy parecida a su madre y el señor Gupta sabía que jamás podría darse el lujo de rechazar un novio blanco.

—En realidad, prefiero no hablar así sobre dinero —explicó el señor Jha—, especialmente delante de las señoras. Pero, ya saben, la India está cambiando. Los negocios internacionales traen consigo diferentes estándares.

El señor Jha, de hecho, había pagado más de lo habitual con dinero declarado. El precio de la casa se elevó considerablemente, pero sabía que el Gobierno lo tenía vigilado desde que vendió activos a una empresa americana.

El señor Gupta agitó la cabeza a la vez que, con el pulgar, se empujaba al interior de la boca un bocado de arroz y pollo. Esta gente jamás hablaría claro sobre sus impuestos.